

# La difunta viene en camino

Acosta y su perro solicitaron la cabaña que solían alquilar cuando su esposa aún vivía. En un sueño muy agitado de un mes atrás, la esposa había prometido a Acosta abrir la enrejada muerte en donde permanecía atrapada, para así venir a abrazarlos una vez más. Sería en la cabaña el reencuentro, porque allí mismo los tres juntos habían sabido ser drásticamente felices.

La mano del dueño nunca tembló cuando entregaba a Acosta la llave de la cabaña vacía. Era en mitad de una noche de nubes que cerraban el orificio luminoso de la luna. Las historias de ultratumba le resbalaban, anticipó el dueño al enterarse de la absurda cita de Acosta. El dueño, contó envalentonado, trabajaba a diario hasta agotarse en sus cabañas, siempre maquilladas a nuevo, para luego abrazar su mascota a la noche. Un conejo blanco que el perro de Acosta intentó oler por el rabo encogido de miedo. El dueño ocupaba la mente en cosas que pudieran palpase, agregó con prepotencia. Cosas ciertas como la madera de sus cabañas, la piel del amado conejo. O bien, el manto oscuro de este perrazo que Acosta, por favor, tuviese bien atado durante la estadía.

Acosta ocupó los primeros días en aislarse. Había que esperar a la difunta esposa. A cada rato abría la cortina de la única ventana para espiar los alrededores. Solo entreveía al dueño, doblado sobre el trabajo cotidiano. Debían odiarlo aquellas cabañas, sospechó Acosta. Martillaba acá, raspaba aquí, pintaba más allá. Era un fastidio aquel hombre vital, aferrado al tacto de la existencia. El amado conejo lo seguía al dueño a pocos centímetros de sus botas de

albañil. El perro de Acosta, en cambio, dormía echado en un mismo rincón de la cabaña y, de tanto en tanto, alzaba el hocico cuando parecía oler a la distancia aquel bulto blanco y saltarín.

En las madrugadas, Acosta se asomaba a la intemperie. Respiraba a gusto. Había una oscuridad que propiciaba la cita. Acosta entonces dejaba al perro salir, moverse entre las cabañas. Escuchaba los orines metódicos de su compañero suelto por allí. A veces el perro se demoraba en regresar. Acosta aprovechaba a repetir en voz baja el nombre de su esposa. La llamaba sin avergonzarse. Insistía en reclamarla, entre sollozos, porque la ausente había jurado volver desde el sitio que fuera la muerte. Y a causa de pensar tanto en el regreso de ella, Acosta había olvidado higienizarse, o comer al menos. No lo hacía desde que habitaba la cabaña. Tampoco el perro comía.

Alrededor de la sexta noche de vigilia, algo vino a buscar a Acosta. Y ese algo, muy borroso, colgaba en el hocico de su perro cuando volvió a la cabaña. Acosta esperaba a su mujer de cuerpo completo, como para intentar un abrazo. Imaginaba vencer la impresión de besar hondamente la boca de la muerta. La aproximación lo asustaba con escalofríos. Sonrió, en gesto de confusa bienvenida. Entre los dientes del perro, el pompón flojo y embarrado del conejo no tenía vida. Cayó a los pies de Acosta.

Amaneció. Acosta y el perro subieron al automóvil. No les resultó difícil comprar una mascota nueva. La dificultad pasaba por entregar al dueño el conejo de reemplazo. Acosta le temía a esos brazos peludos, desnudos desde el hombro hacia abajo, con los que el dueño atacaba las cabañas a martillazos.

Acosta y el perro dejaron venir la noche. El dueño no había asomado su corpachón laborioso en todo el día. La ausencia del conejo lo tendría abatido y en cama, apostó Acosta. Se arrimaron a la puerta del dueño. Oyeron con precaución el interior. Todo era silencio. Acosta rascó por fuera la madera tal como lo hacía el viejo conejo. Apoyó el nuevo. Escaparon a encerrarse en su propia cabaña.

El trajín ayudó a Acosta a dormir. Y durmió hasta que, en su puerta, varios puñetazos lo amanecieron con sobresalto. Era el dueño y golpeaba a rabiar. Llamaba y golpeaba. Entró a la cabaña casi teatralmente y cerró poniendo un portazo. Traía los ojos sumergidos en lágrimas. Sin saludar, el dueño juró a Acosta haber enterrado su conejo dos noches antes porque había muerto. En un descuido, el dueño lo había aplastado con sus suelas de albañil. Ahora, la tumba del conejo era apenas un pocito removido y vacío. El amor, insistió el dueño, había empujado a su mascota a volver con él. Se secó las lágrimas al confesarlo. Mostró a Acosta el conejo devuelto a la vida, blanco entre los pelos negros de sus brazos. El perro no terminaba de escarbarlo con su nariz. Espere, añadió enternecido el dueño, espere un poco más, su esposa vendrá a usted en cualquier momento.

Un rumor los dejó en silencio. Alguien estremecía amablemente la puerta desde afuera. Escucharon cómo el deseo y la evidencia quedaban apenas separados por el insignificante espesor de la madera. Abrieron al posible milagro. Al ras del suelo había una bola embarrada del tamaño de un conejo, el cuello roto, las orejas erguidas, atentas.

# El apetito de las hormigas

Una bota embarrada, de puntera con hierro y tremenda espuela haciendo clinc, clanc, destruye la torre de un hormiguero. Se empeña la bota en seguir aplastando la fuga atropellada de esos bichos alarmados y tan repetidos entre sí que encienden un rojo escalofrío a lo largo de la espalda. El menos curioso en este pueblo afirmarí­a que a propósito lo hizo, porque de eso se trata la profesión infinita de Calívar.

El comisario Calívar jamás se detiene a ver el daño consumado con su bota a ningún hormiguero. Lo más importante le ha ocurrido a estas horas ya de la tarde. El comisario luce ocupado y festivo, porque en la mano lleva arrancada, a modo de péndulo, una cabeza del bandido Maqueda.

Entre las mechas sangrantes del ajusticiado alcanzo a ver esos anillos del comisario ardiendo al sol, bajo un cielo de chapa a punto de caer y aplastarnos. Hasta que el comisario Calívar ata bien atada a sus alforjas la cabeza, casi un nuevo trofeo en el oficio suyo. Entonces monta de un salto y da a las riendas un tirón hacia el llano de La Cienaguita.

Yo, desde mi escondite, enumero las cabezas sueltas, a los lados de su caballo, cuando el comisario Calívar sale del pueblo a galope satisfecho. Alpatocal se me dijo que se llama este pueblo, donde hay un vecino en cada ventana suspirando con alivio. No lo quieren cerca al comisario esta tarde, en la que me resulta limpia la suma de trofeos. Son cinco cabezas idénticas ya de un mismo

Maqueda que golpean al descuido contra la montura del comisario Calívar.

Pasado un rato, el sol ladeado, el aire despejándose, le pongo pie al estribo y sigo el destino del comisario, bien a la distancia. Atrás se achica el aterrado caserío de Alpatocal. Allá adelante, tal como está escrito donde Dios sólo conoce el sitio, será hasta la siguiente decapitación del bandido Maqueda.

Sin dejarse desmontar por el cansancio, Calívar cruza el llano de La Cienaguita. Es seco, tornadizo como ánimos de mujer. Antes de venirse encima la oscuridad más cerrada y triste, el comisario enfila hacia una arboleda que anuncia agua y cultivos. Gente, en conclusión, donde puede ocultarse el siguiente y mismo Maqueda.

En lo más apretado de la noche, un búho chista avisando que las ramas han de arañarme el sombrero. Agacho el espinazo y avanzo rodeado de sigilo.

El bosque se detiene de improviso, justo al borde de un descampado como lunar limpio de árboles. Una luz de farol duda en el corazón de esa nada, donde envidio que lo tengan todo: una casita prolija, corral, la huerta y el consabido sulki de ruedas altas y recién pintadas.

Me señalo la cruz por la salvación de aquella gente sin culpas.

Sucede que me conozco a rabiarse la asquerosa rutina del comisario. Antes de presentarse a la gente del lugar, Calívar va a esconder el caballo donde no le vean las cabezas de adorno. El fétido collar de puros Maqueda.

A la voz de un “buenas noches”, esa gente en la casa saldrá a la puerta alabando la autoridad del comisario por aquellos sitios, porque el visitante es de fiar. Así lo creen, y calman a los perros por

eso. Sin embargo Calívar pasará a pedirles algo de sal. “La gruesa si no es abuso”. Lo que dice siempre el comisario.

Ante el convite espontáneo de entrar a la casa y compartir en familia la mesa allí, una sopa acaso le sirvan a Calívar, el visitante liquidará aprisa a los varones. No hay velocidad en el gatillar que empate el oficio pistolero del Comisario. Luego pasará a aprovecharse de la dama en aquel santo hogar. Saciado el impulso, va a matarla también.

Pienso con intensidad durante aquel rato amargo, porque la noche da para encadenar pensamientos. Pienso en la gente embestida de la casa aquella. Andarán a las puertas del juicio final. Andarán entreviendo el otro mundo a pesar del último dolor con que se despiden. Y que ese recibimiento, lo ruego incluso, sea tal vez mejor a la vida que van abandonando a la fuerza y con mucho disgusto.

Muy tarde veo al comisario salir al fin de la casa. Calívar olvida cerrar la puerta. Ya nadie va a habitarla. El silencio acompañará el avance del polvo. El comisario, digo, sale y lleva hasta su potro la bolsa de sal gruesa, tal como en el pueblo lo miré cargando en mano la quinta cabeza del bandido Maqueda.

Encuentra su caballo atado de nervios. El comisario Calívar insulta al cielo y aplica su calentura a sacudir el millón de hormigas que, en fila y hambrientas, olieron su último trofeo de esa tarde hasta alcanzarlo desde el suelo. Las bichas se han cuidado de no masticar las otras cabezas, ya curtidas de sal.

Calívar las odia a las hormigas, así de multiplicadas sobre el mundo y haciendo daño sin descansar. Aunque exterminarlas, de a una maldita hormiga por vez, sea misión del infierno. Lo mismo que

aniquilar al bandido Maqueda, perseguido y al instante decapitado en nombre de la justicia, en una cantidad de ocasiones sin cuenta, a lo largo de una vida.

La vida desdoblada del comisario Calívar.

Yo, en cambio, elijo el alquitrán.

El alquitrán ahuyenta mejor a las hormigas. Toma trabajo y mucha paciencia calentarlo, hacer que gire y gire y se torne de a poco más blando. Luego, pintar la última cabeza. Dejarla secándose. Son todas tareas que retrasan mi viaje a la saga de Calívar.

Hasta hoy sumo tres cabezas solamente al costado de mi montura. Dos trofeos menos que Calívar. Al comisario y al bandido Maqueda les pierdo el rastro durante meses si me detengo a cocinar el negro betún. Después me toca empezar desde la nada la pesquisa mía a través del mundo.

Ahora mismo, a pesar de lo tapado de la noche, me salta a la vista que están saladas las cinco cabezas de Maqueda. Cinco fosforescencias al ras del potro del comisario. Entonces Calívar monta y arranca para atravesar el bosque.

Me adelanto, lo escucho venir.

Desde una rama de árbol desciendo el engaño de mi cuerda. Espero la visión de las cinco saladas. Un sacudón anuncia que entró una cabeza al lazo. Con rapidez le aplico a la cuerda el peso completo de mi cuerpo preparado.

El nudo se estruja haciendo un horrible quejido y el comisario asciende hasta la rama, atascado por el cuello. Por más que luche, nada conseguirá usando las manos. En el aire queda Calívar, pataleando como hormiga. Una hormiga con espuelas. Cline, clanc. Cline, clanc. De las negras será el comisario cuando yo lo unte de

alquitrán y me lo suba a las alforjas. Serán cuatro cabezas al amanecer de este día, y todas ellas con la facha de un mismo Calívar.



# S i b e r i a

A pesar del viento sólido que nos detenía el movimiento, habíamos conseguido arrancar del hielo, todavía azul a esa hora del mediodía, una montaña de carne endurecida bajo el frío. La habíamos tallado con mudos golpes de cincel, hasta sacar a flote un mastodonte tieso, de los que suelen dibujarse en manuales de Prehistoria. Parecía un templo de vellones apelotonados y huesos sin respiración. Todavía daba la impresión helada de ser capaz de levantarse en cualquier momento y embestirnos. Sus dos ojos amarillos no tenían paz y sus colmillos enroscados y largos, como toboganes de plaza, hacían de su cabeza la cabeza más enorme que se conocería entre los mamíferos. Y la presentaríamos al destello intermitente de la prensa y sus fotógrafos si acaso el mundo de todos los días, allá donde el sol entibia de verdad, llegaba a tomarnos en serio.

Vasily era mi asistente. Decía que jamás el mundo pondría interés en un hallazgo como el nuestro. Decía que la ciencia, para ganarse un minuto en las noticias, debía convertirse en un espectáculo. Sugería Vasily hacer del descubrimiento un show, como lo eran ya la política y otras desviaciones similares tales como el crimen, la muerte o bien el sexo mismo.

El enojo de Vasily apenas aplacaba el entusiasmo con que él mismo agujoneaba a los picadores de hielo. Golpe a golpe quitaban el último manto vidrioso con que el mastodonte se abrigaba desde siglos atrás. A todos nos colgaban lágrimas de cristal a causa de aquella intemperie incolora donde, escarchados, temblábamos por amor al conocimiento únicamente. Y yo, por esas razones sagradas,

esquivaba la idea de Vasily de fraguar algo deshonesto con aquel gigante.

La indecencia que proponía Vasily era apuntalar la noticia del hallazgo con otros condimentos ajenos a lo científico. Y aquella negativa mía aún lo irritaba más a Vasily. Aullaba órdenes que se perdían apenas saliendo de su lengua violeta, de sus labios con llagas. Vasily volvía entonces hasta donde yo supervisaba aquella histórica resurrección murmurando nuevas mañas, solo para convencerme de intentar algo torcido. Yo no cedía. Entonces se alejaba lanzando augurios de fracaso sin sonido palpable ni sensatez alguna.

Yo le temía al bolsillo de Vasily. A pesar del resplandor que nos serruchaba la visión, yo no paraba de vigilar las manos de Vasily. Sobre todo cuando esas manos hurgaban el bolsillo donde escondía Vasily un reloj sobre el cual ya habíamos discutido mucho, y en vano. Era una reliquia abrazada de óxido rojo, con las iniciales de su abuelo sobre la mejilla circular de sus tapas.

Lo que en definitiva tramaba Vasily era echar aquel reloj por la boca del mastodonte hasta su estómago. Era hacerle creer al mundo que, medio siglo atrás, aquella bestia erguida como una catedral peluda andaba en pie, empeñada en devorarse viajeros por la Siberia cuando el mundo conversaba ya a través de los teléfonos.

Vasily suponía bien. El reloj de su abuelo, en las cuaternarias tripas del mastodonte, erizaría la espalda de quienes, por ejemplo, esquiaban a pocos kilómetros de nuestro hallazgo, porque entrenaban para las Olimpiadas del siguiente invierno. Un anacronismo, juraba Vasily, que llenaría las noticias aún por varios días.

Me aterraba en cambio el definitivo descrédito de mi reputación. Pero Vasily, que entendía la naturaleza humana más suciamente que yo, apostaba al derretimiento de la verdad. Decía que las certidumbres habían adelgazado su validez así como los hielos su corteza. Y bastaba arrojar una afirmación encima de otra para confundirlas en una polémica sabrosa para los charlatanes de hoy. Esa versión moderna de los viejos intelectuales, los que en vida habían usado relojes con iniciales.

Vasily apostó por fin al engaño. Caminó por la llanura blanca. A gusto enterraba las botas en la superficie encremada. Alcanzó como pudo la descomunal cabeza del mastodonte y separó los labios como quien apartase telones en el Teatro Bolshoi. Y sin mi consentimiento empujó aquel tramposo reloj de su abuelo por el túnel de la gran boca. El animal entero tosió como atragantado. Movié los ojos, seguro de tener aliento y vida y un apetito postergado. Esta vez tragó a Vasily de un bocado y luego enderezó su mole repleta de enojo porque venía a embestirnos.